Dos dias habian pasado apenas, despues que murió Fernando VII, cuando los que esperaban con ánsia aquel suceso para proclamar á D. Cárlos, levantaron la bandera de la insurreccion en diferentes puntos de la Monarquía.

Es cierto que los primeros campeones del Infante, los que no tuvieron calma para preparar de una manera estratégica la sublevacion, los que guiados de un febril entusiasmo lanzaron el primer grito de guerra, fueron víctimas de su atolondrada imprudencia, y batidos por las tropas de que disponia el Gobierno, sellaron con su sangre las instituciones que representaban; pero tambien es cierto que estas primeras derrotas, y la sangre de sus primeros soldados, irritaron y exasperaron al partido absolutista, tan poderoso en aquella época, que con tantos elementos contaba para alcanzar el triunfo, y que resuelto y rencoroso se lanzó á la lucha amenazando derribar con un vigoroso empuje al Gobierno de la Reina viuda, que no contaba con defensores leales y decididos que quisieran comprometerse en su defensa.

Sus primeros triunfos embriagaron al Gobierno de Cea Bermudez, que creyó que para asegurar los derechos incontestables de la Reina niña bastaba una proclamacion solemne, adornada de toda la pompa que en sus pobres miras daba aquel ministerio al poder dinástico. Verificóse la proclamacion el dia 25 de Octubre, y se desplegó en ella todo el boato y majestad que se juzgaba necesario para imponer respeto y sumision. ¡Triste desengaño debió de ser el del Gobierno, pues apenas tuvo lugar aquella solemnidad, la mayor parte de las córtes estranjeras retiraron sus representantes, protestando de esta manera contra la sucesion en el Trono de la Reina Isabel!

En vano en su ceguedad quiso desconocer el Gobierno la lógica de los sucesos y resistirse á las exijencias de los principios. Los carlistas, aunque derrotados, se multiplicaban de una manera alarmante por toda España, lanzándose al campo con un entusiasmo digno de mejor causa. Algunas ligeras concesiones hechas á los liberales, tales como la ampliacion de la amnistía antes decretada, y la abolicion de las subvenciones para sostener armados á los realistas, no bastaron para que los partidarios de las ideas constitucionales se mostrasen satisfechos y quisieran prestar su apoyo decidido á la nueva Reina. Algunos hombres de importancia, entre ellos el marqués de Miraflores, pidieron á la Regencia la convocacion de Córtes: desechadas sus solicitudes, las renovaron con mayor insistencia, uniéndose á estas manifestaciones las exijencias de algunos jefes militares que hicieron presente á la Reina Gobernadora, que el ministerio conducia á su ruina al Trono de Doña Isabel, y que la destitucion de aquel Gobierno impopular era indispensable si el país habia de prestar su apoyo á la nueva Reina contra las agresiones de los carlistas. El general Llauder, más que todos, exijió de una manera más apremiante un cambio de política y de hombres de Gobierno, exponiendo de un modo franco los peligros de la situacion, y la necesidad de transijir con las ideas liberales si habia de conjurarse la tormenta que los carlistas estaban preparando.

La Reina Gobernadora no era ciertamente amiga de las instituciones liberales. Educada en la córte de su padre el Rey de Nápoles, desde su infancia habia sido amamantada en las ideas históricas y tradicionales de la familia de Borbon á

(c) 2009 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación